



❖ Alicia Vallina
CONSERVADORA
DE MUSEOS
DEL ESTADO

«Que haya un imbécil más, ¿qué importa al mundo?». Joaquín Sorolla finalizó con estas palabras una carrera fulgurante y única que lo convirtió en el artista español más reconocido y laureado de su tiempo.

El gran artista valenciano pintaba en el jardín de su madrileña vivienda del actual paseo del general Martínez Campos (hoy Museo Sorolla) el retrato de Mabel Rick, la esposa del insigne literato asturiano Ramón Pérez de Ayala. El matrimonio, que gozaba de la amistad del artista, se había trasladado, una templada mañana del mes de julio de 1920, a la residencia-palacete del pintor. Allí, bajo una «pérgola enramada» y disfrutando de una animada conversación, ambos fueron testigos del ictus que dejaría a Sorolla incapaz para el arte y que le costaría la vida tres años después, un 10 de agosto de 1923.

«Subiendo los escalones, cayó. Acudimos mi mujer y yo en su ayuda, juzgando que había tropezado. Le pusimos en pie, pero no podía sostenerse. La mitad izquierda del rostro se le contenía en un gesto inmóvil, un gesto aniñado y compungido, que inspiraba dolor, piedad, ternura. Comprendimos la dramática verdad; la cuerda, extremadamente tirante, se había quebrado. Aun, así y todo, rebelde contra la fatalidad que ya le había asido con su inexorable mano de hierro, Sorolla quiso seguir pintando. En vano procuramos disuadirle. Se obstinó, con irritación de niño mimado a quien, con pasmo suyo, contrarían. La paleta se le caía de la mano izquierda; la diestra, con el pincel más sujeto, apenas le obedecía. Dio cuatro pinceladas, largas y vacilantes, desesperadas; cuatro alaridos mudos, ya desde los umbrales de la otra vida. ¡Inolvidables pinceladas patéticas! “No puedo”, murmuró con lágrimas en los ojos. Quedó recogido en sí, como absorbo en los residuos de luz de su inteligencia, casi apagada, de pronto, por un soplo absurdo e invisible».

Este es el emotivo y conmovedor relato que el escritor asturiano dejó para la posteridad y que recordaremos durante todo 2023, año que conmemora el centenario del fallecimiento del pintor.

El pasado 20 de diciembre se abrió al público, dentro de los actos inaugurales del recordatorio del centenario, la exposición «Orígenes», comisariada por el conservador de museos estatales José Alberto Pérez Velarde y organizada por el Museo Sorolla de Madrid y la Fundación Sorolla, con la colaboración del Museo de Bellas Artes de Valencia. Aborda los comienzos de la carrera artística del pintor, desde el año 1878 hasta 1884.

La muestra arroja luz sobre las primeras etapas de formación del pintor y expone al público general



La juventud de Sorolla está en su casa de Madrid

El inolvidable pintor valenciano será recordado todo 2023, centenario de su muerte, a la que llegó como «un niño amoroso y sentimental», según el escritor asturiano Ramón Pérez de Ayala



Desde arriba: «Caballero con banda» (1882); «Dos de mayo», realizada a los 21 años, segunda medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes; y «El retrato de Mabel Rick Pérez de Ayala», última obra que el artista creó, cuando comenzaba el declive de su estado de salud.

obras hasta ahora inéditas. Son 93 trabajos (57 cuadros, 6 dibujos, una orla, una acuarela, 26 fotografías, una medalla y un azulejo) procedentes de colecciones particulares y públicas. Presentan a un joven Sorolla disfrutando de sus clases y participando, ambicioso, en sus primeros concursos artísticos.

El camino que recorre la exposición está estructurado en cuatro áreas básicas: la centrada en la etapa entre Valencia y Madrid, la relativa a la Exposición Regional de 1883, los premios que comienza a recibir por sus trabajos iniciales y el arte de retratar (donde muestra el claro influjo velazqueño en la psicología de los personajes y en su gusto por el tratamiento de la luz).

Sorolla asistió a la Escuela Normal de Valencia primero y, más tarde, al Instituto de Segunda Enseñanza, donde el director del centro, Baltasar Perales, fomentó desde siempre su amor por los pinceles regalándole materiales que contribuyeran a desarrollar su actividad artística.

El padre adoptivo de Sorolla (su tío José Piqueres, maestro cerrajero, que se hizo cargo del pintor y de su hermana menor Concha a la muerte de sus padres, parece que a causa de una epidemia de cólera), le matriculó, en 1876, a las clases



Fotografía de Joaquín Sorolla.

La muestra «Orígenes» finaliza en 1884, cuando fue becado a Roma

nocturnas del escultor Cayetano Capuz, impartidas en la Escuela de Artesanos de Valencia. Allí permaneció hasta 1878, momento en que se le concedió un accésit consistente en una caja de colores. De este modo, y tras estos años iniciales, ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, punto de partida de la muestra que se exhibe en el Museo Sorolla de Madrid hasta el 19 de marzo de 2023.

La formación que recibió Sorolla, de 15 años, estaba orientada al análisis y conocimiento de los grandes maestros españoles del siglo XVII. Uno de sus profesores, Gonzalo Salvá Simbor (fallecido el mismo año que el artista), había recibido influencias de la Escuela de Barbizon durante su estancia en París y transmitió a Sorolla su pasión por la pintura al aire libre.

En 1879 ganó la tercera medalla

en la Exposición Regional de Valencia por su acuarela «El patio del instituto» y, al año siguiente, participó en la exposición de la Sociedad Recreativa «El Iris», donde obtuvo la medalla de plata por «Un moro acechando la ocasión de su venganza», momento en que conocerá al que más tarde se convertirá en su suegro, el gran fotógrafo valenciano Antonio García Peris, quien tanto influirá en su obra.

En 1881 viajó a Madrid. En el Museo del Prado se dejó impresionar por la paleta del gran Velázquez. Participó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid con tres obras de marinas que pasaron desapercibidas, y en la Regional de Flores y Plantas de Valencia con un lienzo titulado «Florero», por el que obtuvo una medalla de bronce.

Avanzando en el tiempo y en el recorrido expositivo llegamos a 1883, cuando el pintor obtuvo la medalla de oro en la Exposición Regional de Valencia con su obra «Monja en oración» (y a la que también presentó «El oferente», «Desnudo masculino», «Caballero con banda», «La esclava y la paloma» y «Desnudo»). Regresó a la capital para completar el trabajo que había comenzado un par de años antes, copiando, en el Museo del Prado, las principales composiciones del maestro Velázquez y dejándose sorprender también por José de Ribera y Francisco de Goya.

Con 21 años y más experiencia se presentó de nuevo a la Exposición Nacional de Bellas Artes y obtuvo la segunda medalla por una de sus obras más significativas y emblemáticas y que podemos contemplar en la muestra: «Dos de mayo». Este lienzo, propiedad del Museo Nacional del Prado, representa, muy al gusto de la pintura de historia decimonónica, la defensa del parque de artillería madrileño de Montealeón a manos de Daoiz y Velarde, heroicos combatientes contra las tropas francesas al comienzo de la Guerra de la Independencia.

Sorolla realizó esta obra del natural, siguiendo a Florencio de Santa Ana (primer director-conservador del Museo Sorolla), en los corrales de la plaza de toros de Valencia «quemando pólvora para conseguir una mayor ambientación».

Impulsado por el galardón de Madrid, Sorolla se presentó al concurso puesto en marcha por la Diputación Provincial de Valencia para obtener una beca y marchar pensionado a Roma. Su ejercicio final elegido fue, de nuevo, un tema también de la Guerra de la Independencia, esta vez, localizado en la plaza del Mercado de Valencia.

La muestra del Museo Sorolla de Madrid finaliza justo en este año de 1884, cuando fue recibido en Roma por el pintor Francisco Pradilla, director de la Academia Española en la ciudad.

En sus últimos años, demediado por su enfermedad, Ramón Pérez de Ayala definió al inolvidable pintor como «un niño amoroso y sentimental» que nunca dejó de conmoverse ante la obra de arte.